

## 1: La noche herida

### I

Cuatro días de retraso. Un sistema de impulsión revolucionario, lo último en antorchas de fusión, y en su segunda prueba en espacio abierto se había incendiado el circuito de refrigeración del motor. El general Velasco contemplaba impotente los trabajos de reparación a través de su pantalla, pensando en el ridículo que haría el *Talos*, la nave que comandaba, durante las maniobras que tendrían lugar en la órbita de Marte la próxima semana. Ni siquiera estaba garantizado que llegaran a tiempo de participar en los primeros ejercicios; desde la cubierta de ingeniería, el teniente Soto le sugería que diesen media vuelta y volviesen al muelle orbital ahora que estaban a tiempo. Velasco había respondido adjudicando turnos dobles a todo el personal para que ayudaran en las reparaciones. Tres de sus hombres se encontraban fuera, en trajes de actividad extravehicular, tapando brechas en el casco, mientras en la sala de máquinas se trabajaba frenéticamente para activar los motores en cuanto fuese posible.

Se encontraban a mitad de camino y a efectos prácticos daba igual volver a la Tierra que continuar hacia Marte. Si había que realizar nuevas reparaciones, la estación orbital marciana disponía de lo necesario. Nada ganaban dando marcha atrás, salvo convertirse en objeto de mofa.

Hay dos maneras de hacer las cosas: bien o rápido. Los muchachos de la agencia espacial que diseñaron la nueva antorcha habían optado por la segunda, en la falsa creencia de que rapidez es sinónimo de eficacia. Pero ellos no viajaban en el *Talos*. Cuando uno no pone su vida en juego, es fácil apostar con fichas ajenas. Los motores habían superado las simulaciones por ordenador y estaban garantizados contra

averías por un período de diez años. Tal vez por eso, Velasco no confiaba en los ordenadores, ni en las IAs, ni en los humanos que habían abandonado su cuerpo físico para vivir una existencia virtual, ni en nada que sonase a sintético, a virtual, a emulación. A falso.

El coronel Godunov, un ruso corpulento con exceso de peso, entró en el puente de mando, flotando como un cachalote mareado, y observó los datos de su terminal frunciendo el ceño.

—Odio trabajar sin gravedad —gruñó—. Estos cambios bruscos me reventarán las tripas.

Godunov acababa de cumplir los sesenta. Tenía veinte años más que él, pero aún no había logrado ascender a general. Ambos sabían por qué.

—Tus tripas reventarán, y no será la falta de gravedad la culpable —le recriminó Velasco.

—Estoy bien —Godunov ocupó con torpeza su puesto y cambiando rápidamente de tema, añadió—: Los estás agotando. Deberías darles un respiro.

—Ya descansarán durante el resto del viaje. Ahora, nuestra prioridad es reparar el motor.

—No estamos en guerra y son unas maniobras más. ¿Qué te preocupa? Si puedo saberlo, claro.

—Quiero valorar la respuesta de mis hombres ante una situación crítica. Como ejercicio táctico, esta avería les enseñará a coordinarse como equipo.

—Los agotarás antes de que empiecen las maniobras, y entonces... —Godunov recibió una llamada a través del subauricular implantado en la oreja izquierda, y murmuró: —¿Sí? —una pausa—. Lo sé, lo sé. Bien. No, las reparaciones tienen prioridad. Infórmeme en cuanto reciba el parte meteorológico —otra pausa—. Ya sé que la Luna se interpone en la visual con la estación de control terrestre. Envíe un mensaje al instituto Selene. Corto.

—Qué ocurre.

—Gritsi, la oficial científica. Desde hace una hora viene detectando un flujo débil de radiación.

—¿Del Sol?

—Es una novata y todavía no lo sabe.

—Nuestros partes no prevén actividad solar en estos días.

—Lo sé; por eso le he pedido que lo confirme.

—Deberías haberme avisado.

—Dijiste que las reparaciones tienen prioridad, y los niveles de radiación son muy bajos. Seguro que es algún resto de chatarra radiactiva que anda por ahí fuera dando tumbos.

—Iré a ver qué ocurre.

Velasco se elevó sobre la consola de mandos y flotó hacia la salida del puente. Su atlética retirada fue entorpecida por una agenda electrónica y un envase de gelatina de fresa, que alguien —posiblemente Godunov— había olvidado. Los apartó de un manotazo y alcanzó la escalerilla de acceso a las cubiertas inferiores.

Encontró a Gritsi en la enfermería, tecleando frente a la pantalla. La mujer se sorprendió de la presencia del general y trató de incorporarse.

—Descanse —dijo Velasco—. No se exigen saludos militares dentro del *Talos*, incluso cuando la aceleración nos permita caminar en vez de nadar.

—Señor, ¿ha venido a causa de mi llamada al coronel? —dijo ella, nerviosa.

—Así es. ¿Ha identificado ya la procedencia de la fuente de radiación?

La alférez Gritsi se humedeció los labios y alzó un bloc de papel electrónico. Era joven, de unos veinticinco años, y aquél era su primer destino a bordo de un crucero de combate. Su expediente académico era intachable, pero como opinaba Godunov, su experiencia se reducía a las aulas y los escenarios simulados del ejército.

—No estoy segura, porque hay una fuente de radio asociada y necesitaría verificar la posición por triangulación, pero descarto que proceda del Sol.

—¿Considera que hay riesgo para los hombres que trabajan ahí fuera?

—El nivel de radiación no es peligroso, pero como precaución aconsejo que regresen a la nave hasta que me lleguen los datos de la base lunar Selene. Ellos tienen visual

directa sobre la zona donde creo que se halla la radiofuente, sin atmósfera que distorsione las mediciones.

—Infórmeme de las novedades. Ahora, llame al equipo EVA para que suspendan las labores en el casco y regresen de inmediato.

Gritsi cumplió rauda la orden, satisfecha por aquel voto de confianza de la máxima autoridad del *Talos*.

—¿Desea algo más, general? —dijo ella, al girar su silla y comprobar que todavía seguía allí.

Velasco se paseó por la enfermería. Ni una sola pieza del instrumental estaba fuera de su sitio. Nada flotaba a la deriva y el estado de limpieza y orden de los equipos era perfecto.

—¿Está familiarizada con los nuevos escáneres médicos que instalaron antes de nuestra partida?

—Sí, general. Y espero no tener que utilizarlos en esta misión.

—Yo también, pero ya ha visto lo ocurrido en la sección de motores, y eso que tuvimos suerte de que no hubiese heridos.

—Circulan rumores entre la tripulación acerca de...  
—Gritsi vaciló— las maniobras.

—Siga.

—Sé que estaban planificadas desde hacía seis meses, pero se comenta que las relaciones entre los gobiernos de Marte y la Tierra han llegado a un punto crítico, y que nuestro presidente podría utilizar a la flota para lanzarles una advertencia.

—Le preocupa entrar en combate en su primera misión.

—Estoy preparada para ello.

—Godunov no lo cree así. No para de quejarse de usted.

Gritsi enmudeció, ruborizada.

—¿Cuál es el motivo? —inquirió Velasco.

—No lo sé.

—Se conocían antes de venir al *Talos*.

Sonaba como una afirmación en lugar de una pregunta. Gritsi no tuvo más remedio que cabecear afirmativamente.

—¿Dónde?

—Con todos los respetos, es algo personal, general.

—Está bien. Pero desde el momento en que ustedes dos sirven en esta nave, ambos dejarán a un lado lo personal y se concentrarán en lo profesional. No quiero discusiones.

—Le aseguro que no tengo intención de discutir con un oficial superior.

—Por si esto la tranquiliza, las maniobras forman parte de ejercicios rutinarios del alto mando, que se organizan periódicamente para probar la eficacia de nuestras naves y tripulaciones. Igual que usted espera no tener que estrenar su equipo médico, yo también deseo que los cañones del *Talos* no apunten más que a blancos simulados.

—Sin embargo...

—Hay mucha gente interesada en realizar lecturas políticas de cada decisión del gobierno. Sé que unas maniobras cerca de Marte generan inquietud y recelo entre la población de ese planeta, porque es la primera vez que se programan. Pero algún día, el gobierno arano podría necesitar nuestra ayuda y la flota debe estar preparada para ofrecérsela. A pesar de lo que haya oído de ellos, los aranos siguen siendo humanos.

—Nunca he albergado dudas al respecto —replicó ella, molesta por aquella aclaración.

—Los ejercicios de la semana que viene son una forma de ensayar escenarios de conflicto, para que no haya fallos si un día lo hipotético se convierte en real —Velasco recibió una llamada por el intercom. A diferencia del resto de la tripulación, él no llevaba un implante en el oído, y como era el comandante, nadie podía obligarle a ello—. ¿Qué ocurre, Godunov?

Gritsi observó interesada la conversación, al menos la mitad de ella, ya que no podía escuchar qué decía el segundo al mando; pero con oír las contestaciones de Velasco tuvo bastante.

El ruso se quejaba a su superior de que no se había respetado la cadena de mando para enviar de regreso al equipo de reparaciones, el cual se hallaba bajo su directa responsabilidad, y correspondía a Godunov hacer cumplir la orden de Velasco. En el fondo de aquella protesta bizantina

latía la sospecha de que Gritsi había aprovechado la visita de Velasco para dejar al coronel en mal lugar.

—No soy la única que tiene problemas con él —murmuró la mujer con cierto deleite, cuando la conversación finalizó.

—Fui alumno suyo en la academia. ¿Lo sabía?

—Algo he oído.

—Fue un buen profesor; quizá el mejor que tuve en mi época de cadete. Aprendí muchas cosas de él que me ayudaron en mi carrera militar.

—Pero... —Gritsi calló para que su interlocutor completara la frase.

Velasco sonrió.

—Godunov aún cree que tiene cosas que enseñarme en mi propia nave.

La enfermería fue sacudida con violencia. Un armario se abrió y algunos frascos de plástico escaparon, derramándose un puñado de cápsulas azules por el aire. Velasco se acercó a la consola y llamó al sargento que dirigía las reparaciones en el exterior.

—¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé, general —contestó el sargento—. Acabamos de entrar en la esclusa de la cubierta de popa, tal como nos ordenó, y estamos esperando que haya presión para entrar.

—¿Quiere decir que no se ha quedado ningún equipo ahí fuera?

—Así es.

—Tal vez una pieza se ha desprendido del casco. Envíe a un minibot para comprobarlo e infórmeme de lo que encuentre —Velasco cerró la comunicación.

—No creo que sea eso —Gritsi activó las cámaras telescópicas adosadas en el exterior del casco—. Mire.

A unos seiscientos mil kilómetros de popa, un destello de energía iluminó el firmamento como una pequeña nova. Velasco dio la alarma y ordenó a todo el personal que se dirigiera al refugio antirradiación. Inmediatamente, cogió a Gritsi de la mano y se elevaron hacia la salida del techo.

El refugio era el módulo más resguardado de la nave, blindado para resistir el bombardeo de las tormentas de

radiación solar. Las paredes interiores alojaban los tanques de agua de la nave, reforzando la protección contra las partículas energéticas.

El medio centenar de efectivos que componían la tripulación del *Talos* acudió prontamente al refugio, incluido un malhumorado Godunov, que aventajando a los soldados jóvenes, demostró más celeridad de la que se le suponía a un hombre de su edad.

Velasco dirigió desde el habitáculo las operaciones para averiguar qué ocurría, y como precaución activó el sistema automático de defensa para que derribase cualquier objeto que entrase en su rango de tiro.

El destello de energía había desaparecido, y el nivel de radiación en el exterior había bajado a los parámetros normales. En la pantalla de radar tampoco aparecía ningún objeto. La nave más próxima era el *Nimrod*, y se hallaba a treinta millones de kilómetros, cerca de Marte.

Aquello era muy extraño. Allí fuera no había nada que pudiera haber causado la explosión. Pero era innegable que algo había estallado con enorme potencia a dos segundos luz, sacudiéndoles como si fueran un corcho. ¿Qué carga nuclear se necesitaba para conseguir semejante energía?

Velasco transmitió un informe a la flota, y apremió a la base Selene para que les enviaran los datos que Gritsi había pedido hace rato. Considerando que el peligro había pasado, anuló la alerta y la tripulación regresó a sus puestos.

El informe le llegó en el puente de mando, mientras repasaba con Godunov la marcha de las reparaciones. El director del instituto Selene se disculpaba por no haberse puesto en contacto antes, y lamentaba que no pudiera servirle de ayuda en estos momentos, porque el telescopio óptico y los tres radiotelescopios de que disponía la base científica se hallaban fuera de servicio, debido a labores de mantenimiento. El Congreso había recortado el presupuesto de la base y los fondos disponibles se concentraban en la puesta a punto del colisionador de partículas, un espectacular anillo de doscientos kilómetros de diámetro cuya construcción había consumido cinco largos años. Miles de millones de creds habían sido invertidos en su montaje y ahora, una vez concluido, el

Congreso cicateaba las cantidades que se necesitaban para levantar el instrumental astrofísico que se había proyectado levantar dentro del anillo.

Eso dejaba a los tripulantes del *Talos* como únicos observadores de aquel misterioso fenómeno. Horas después, los observatorios terrestres concentraron su atención en la zona donde apareció el destello, y no captaron nada. Fuese lo que fuese, había desaparecido sin dejar rastro.

Salvo un detalle. Un asteroide de mediano tamaño, el DFE 254 que orbitaba entre la Tierra y Marte se había alejado un centenar de kilómetros de su curso.

A consecuencia de ello, el almirantazgo le envió nuevas órdenes: en cuanto el reactor de fusión fuese reparado cambiaría el rumbo para dirigirse hacia aquel asteroide.

## II

No fue el único acontecimiento preocupante de la jornada. El director general de energía había viajado hasta el campo de colectores solares de *Mare Serenitatis*, situado en la Luna, para proceder a su inauguración. La planta radiaría energía mediante microondas a la Tierra, donde sería distribuida a través de la línea eléctrica para aliviar la escasez de fluido que obligaba al gobierno a cortar el suministro durante varias horas al día. El director de energía se apuntaba un tanto para el ejecutivo y había invitado a docenas de periodistas para que viajasen a la Luna en un vuelo subvencionado, a cubrir el evento.

Nadie supo cómo aquel terrorista camuflado de reportero pudo subir a la lanzadera y sortear los controles de seguridad. Los análisis posteriores de la policía determinaron que el explosivo se hallaba alojado en el interior de su cuerpo, en bolsas de gel junto al hígado y los pulmones. Por separado eran inertes, pero al juntarse desencadenaban su potencia letal. El director general, varios miembros de su escolta y un puñado de periodistas murieron a consecuencia de la explosión. Todas



las cadenas de televisión del mundo retransmitieron el suceso en directo.

El doctor Sebastián Arjona no había tenido un buen día en el hospital, y lo último que necesitaba era una noticia como aquella para acabar de estropearlo. El movimiento neohumano había reivindicado el atentado poco después, y eso le atañía directamente, porque él pertenecía a esa organización.

Los neohumanos exigían igualdad de derechos sanitarios y la abolición de la prohibición sobre uso de nanotecnología médica. En Marte se había logrado prolongar la esperanza teórica de vida de sus habitantes en varios siglos; al menos sobre el papel, porque su uso era relativamente reciente y ningún portador de biomáquinas superaba aún los cien años. Los humanos nacidos en Marte, llamados aranos en honor a Ares, el dios griego de la guerra, estaban preparados genéticamente para vivir en las duras condiciones del planeta rojo. Aunque éste había sido alterado parcialmente para incrementar su temperatura y presión, Marte carecía de un campo magnético global y la radiación ultravioleta del Sol y los rayos cósmicos causaban daños severos en el organismo a largo plazo. La implantación de diminutas máquinas en el torrente sanguíneo que reparasen esos daños era, más que un capricho, una necesidad si se quería seguir vivo en aquel mundo hostil.

El gobierno incentivó la emigración de empresas a Marte para facilitar su colonización. Pocas se marcharon, los gastos eran enormes y los beneficios, si llegaban, se recogerían dentro de mucho tiempo.

Sin embargo, llegaron. Y justificaron plenamente la inversión.

En la actualidad, las empresas establecidas en Marte eran titulares de la práctica totalidad de patentes de biotecnología. Sin su autorización, la Tierra no podía beneficiarse de la prolongación de la vida que ofrecía la nanomedicina. Pero la cuestión no estribaba en que las empresas de Marte negasen sus productos a un mercado ingente de consumidores. Era el propio gobierno de Tierra Unida quien la había prohibido en los humanos.

Hacia veinticinco años, y a raíz de los intentos de algunas empresas terrestres de replicar biomáquinas sin pagar derechos a Marte, surgió una epidemia causada por una bacteria artificial resistente a todos los antibióticos conocidos. En aquella época no existía un gobierno unificado de la Tierra, y la epidemia, conocida popularmente como gripe negra por su rápida propagación y gravedad de los síntomas, se convirtió en una crisis de alcance planetario que obligó a las distintas naciones a trabajar juntas para solucionar el problema. Marte les ofreció una cura, pero a cambio pidió un tratado que garantizase su independencia. Tras meses de incertidumbre y con la red sanitaria colapsada por oleadas de infectados, la Tierra firmó el tratado. Marte cumplió su palabra y la epidemia desapareció en cuestión de semanas.

Ésa era la explicación oficial de que la nanomedicina siguiese prohibida para los humanos que vivían en la Tierra. No era una tecnología segura y cualquier alteración de sus componentes podían convertir una biomáquina en una bomba de relojería con efectos devastadores.

Los neohumanos no aceptaban esa explicación. En Marte había dos millones de personas portadoras de biomáquinas, que vivían sin ningún problema. Es posible que la epidemia de hacía veinticinco años fuera un intento de las compañías arañas, para evitar que su tecnología se comercializase sin licencia, o quizá la desató una empresa de la Tierra al intentar imitar esa tecnología. Pero había una tercera explicación, y ésta era la causa de que Sebastián Arjona, un neurólogo que compaginaba su trabajo en un hospital con su consulta privada, hubiese entrado en el movimiento.

Los neohumanos habían sido históricamente una organización pacífica, que presionaba al gobierno para que los logros sanitarios alcanzados en Marte fueran patrimonio de la humanidad. Llevaban años luchando en todas las instancias para que eso fuera así, sin mucho éxito. Pero algo estaba a punto de cambiar esa situación, y desgraciadamente el gobierno lo sabía. Por tal motivo, la policía llevaba hostigándoles desde hacía meses, cerrando sus centros de reunión y deteniendo a militantes por motivos triviales.

Algunos miembros respondieron atacando bienes del gobierno federal, afortunadamente sin víctimas. El ministerio de Seguridad, dirigido por un ultraderechista, Hans Klinger, halló así una excusa para incrementar la represión, lo cual originó más violencia y más detenciones.

El atentado de *Mare Serenitatis* lo había cambiado todo.

Los neohumanos respetaban la vida, era su razón de ser, lo que les unía y daba sentido a sus actos. Jamás se habían planteado matar a nadie como forma de presión. A Sebastián le costaba creer que aquello pudiese estar sucediendo.

El gabinete de crisis del gobierno federal estaba reunido en Bruselas, para estudiar las medidas a tomar. Una coalición de partidos conservadores ostentaba el poder desde hacía cinco años, tras desbancar al partido de la fe en unas elecciones muy polémicas. De un gobierno religioso de tintes involucionistas se había pasado a otro que cobijaba a peligrosos compañeros de viaje. El partido más extremista de la coalición, *Otro futuro*, propugnaba la confiscación de las propiedades aranas en la Tierra y el cese de relaciones comerciales con Marte. Con un ideario así, era inquietante que el presidente del gobierno hubiera nombrado como ministro de Seguridad precisamente a Klinger, el líder de aquel partido.

Sebastián llegó a su piso, situado en el segundo anillo periférico de Barcelona, con la radio zumbándole en los oídos y la mente poblada de nubarrones. Una cadena de noticias aseguraba que el autor del atentado era un arano; el gobierno no lo desmentía y algunos radicales habían salido a las calles para manifestarse contra los ciudadanos de Marte. Desconectó el receptor y se arrojó en un sillón, preguntándose qué más podía ir mal.

Anica había llegado antes que él. Llevaban viviendo juntos seis meses y su relación podía llamarse de cualquier forma menos fácil. No sabía cuándo iba a estar en casa, a veces aparecía con gente extraña, en ocasiones se marchaba durante varios días, sin aviso previo, y no le explicaba dónde había ido y qué había estado haciendo. Sebastián intuía que aquella relación no duraría mucho y que Anica se iría un día de su casa y no volvería a verla.

La mujer le saludó y se sentó a su lado. La croata acababa de cumplir treinta y seis años, cuatro menos que él. Era difícil verla sonreír, pero aquel día estaba feliz. En su mirada, Sebastián captó algo que no le gustó.

—Tú sabías lo del atentado antes de que sucediese, ¿verdad? —le espetó él.

—Deberías asistir más a las reuniones —dijo ella—. Siempre estás enfrascado en el hospital. Hay otras cosas ahí fuera, Sebas; se avecinan grandes cambios.

—No estoy de acuerdo con la estrategia de ir matando gente. Nos perjudica.

Ella volvió de la cocina con una lata de cerveza y rodeó su sillón.

—Por qué —dijo, desafiante, y bebió un trago.

—No está bien.

Anica se atragantó. Se le quedó mirando fijamente, y luego estalló en carcajadas.

—¿No está *bien*? ¿Acaso hay algo en nuestro planeta que sí lo esté?

—¿Desde cuándo sabías lo del atentado?

Ella manoseó la lata de cerveza, incómoda. Se sentó, volvió a levantarse, dio una vuelta por el salón y sacó un libro de la estantería, contemplándolo con asco.

—¿Por qué coleccionas trozos de árboles muertos? Te comportas como un ecologista que defiende a los animales y pide solomillo para cenar.

—Yo no me como mis libros.

—No seas literal cuando te conviene, sabes bien a qué me refiero —Anica hizo una pausa—. Tres semanas.

—¿Qué?

—Lo del atentado. Lo sabía desde hace tres semanas.

—Y no me habías dicho nada.

—Adivina por qué —la mujer bebió otro trago—. ¿Quieres?

Sebastián negó con la cabeza.

—Quería ahorrarme esta estúpida discusión —continuó ella—. Eres demasiado bueno; tan inocente como un niño —le besó—. Deja a mamaíta que se ocupe de esto.

—Se dice que un arano ha sido el autor.

—Correcto.

—¿Quién es?

—No lo conoces.

—Quiero saberlo.

Anica suspiró, resignada.

—Se llama Nun. Cuando nos sugirió el plan, le dijimos que no teníamos infraestructura en la Luna para cometer un acto de esa magnitud, pero él nos contestó que se encargaría de todo y que no nos preocupáramos.

—Un poco extraño, ¿no crees?

—La organización se fía de él. Hace meses que Nun nos pasa información de lo que sucede en Marte. Posee contactos en el gobierno y en empresas de biotec.

—Hablas en presente como si todavía viviese. En las noticias han salido imágenes de sus restos: los cogían con pinzas y los echaban a un cubo.

—La carne sólo es un recipiente. Nun seguirá vivo en otro cuerpo.

—He tratado en mi consulta a pacientes que alquilaron sus cuerpos a aranos. ¿Sabes el daño que eso produce a un cerebro humano? La personalidad del anfitrión es destruida en el proceso de implante de la conciencia huésped.

—Nadie les obliga a ofrecerse en alquiler —Anica se encogió de hombros.

—Cuando se llega a tal extremo, no creo que esa pobre gente tenga dónde elegir.

—Es posible, pero así son las cosas y tú no puedes cambiarlas.

—Entré en el movimiento neohumano porque creo que pueden cambiarse. Y tú también, Anica.

La mujer sonrió. Bebió el último trago de cerveza y arrugó el bote con un movimiento seco.

—Sí —dijo—. Pero es necesario aplicar una fuerza para obtener un cambio, como con esta lata. Intenta susurrarle buenas palabras, a ver si se deforma.

—Estás confiada en que lo de hoy no nos afectará, pero en el hospital hay un lío del demonio por culpa de mi denuncia a Claude.

—¿El del laboratorio de calidad de ADN que acepta sobornos?

—El mismo. La policía ya investiga el caso, y eso me incluye a mí también.

—Pero qué tienes que ver con él.

—Claude se va a defender a la desesperada. Me va a arrojar lo que encuentre, aunque solo sea para vengarse. Los miembros del movimiento estamos hoy más que nunca en el punto de mira del gobierno.

—Claude no sabe que tú eres de los nuestros.

—Tampoco se ha tomado la molestia de investigarme.

—¿Tienes miedo? —Anica puso los brazos en jarras—. ¿Es eso lo que te preocupa?

—Claro que no.

—Sientes que tu pellejo está en peligro y la tomas conmigo.

Sebastián no sabía qué decir.

—No la estoy tomando contigo —logró balbucir, colocándose a la defensiva.

—Oh, claro que sí.

—Deberías haberme informado de los planes de la organización.

—Supón que te hubieran detenido. Te llevan a comisaría, te atiborran de drogas y cantas. Habrías desbaratado el plan.

—Eso también te podría haber pasado a ti.

—Solo que yo no tengo problemas en mi centro de trabajo, y tú sí. Has llamado la atención de las autoridades por tu maldito sentido de lo que no está bien.

Sebastián se levantó, confuso.

—Creo que también tomaré una cerveza —y se refugió en la cocina. Anica era experta en darle la vuelta a sus argumentos y volverlos contra él.

Abrió el frigorífico y una voz empezó a cuchichear que la leche había caducado hacía dos días, que necesitaba reponer huevos y que había oferta de su marca de yogur en el supermercado. No quedaban cervezas, la que se había bebido Anica era la última, así que tuvo que conformarse con un vaso de agua desalinizada, de la depuradora del puerto.

En su fuero interno admitía que ella estaba en lo cierto. Tenía miedo de perder su trabajo, de lo que la policía podía hacerle si descubría su vinculación con los neohumanos, de pasarse el resto de su vida entre rejas. Cometió un error apuntándose al movimiento, sus fines humanitarios se habían contaminado con una ideología que justificaba cualquier medio, algo demasiado próximo a aquello que decían combatir.

—¿Cómo se desactiva el parlante del frigorífico? —preguntó.

—No lo sé —dijo Anica—. ¿Por qué? Te avisa si la leche está agria.

—No necesito que me avise. Me basta con olerla.

—Un día lo abrirás y saldrá una sustancia fungosa que inundará la casa. Deberías hacer más caso a tu frigorífico, y de paso a los que tienes a tu lado.

—Dejemos lo de Claude. Ya está hecho. Además, cuando lo denuncié no sabía lo que estabais tramando.

—Te repito que fue mejor para ti que no lo supieras —Anica recibió una llamada y se retiró al dormitorio. Poco después volvió a salir, se puso un impermeable, pues había empezado a llover, y se dirigió a la puerta—. Lo siento, cariño, no puedo quedarme a cenar. Ya nos veremos mañana.

—¿Quién quiere verte a estas horas? ¿O también es mejor que no lo sepa?

—Quizá tengas razón en que el atentado lo va a precipitar todo —dijo enigmáticamente—. No me esperes despierto.

### III

En la base Selene, situada en la cara oculta de la Luna, también se seguían con inquietud los acontecimientos. Aunque Selene se hallaba lejos del lugar del atentado, la seguridad en las instalaciones se había reforzado al máximo nivel.

El complejo se diseñó para albergar a unas trescientas personas entre investigadores y personal de apoyo, pero el Congreso de Tierra Unida recortó el presupuesto y de la plantilla prevista solo se habían cubierto veinte puestos. Las instalaciones de radioastronomía no estaban terminadas, y al ritmo al que iban las obras puede que no lo estuviesen jamás. Los gastos para la ejecución del acelerador de partículas, una estructura en forma de anillo de doscientos kilómetros de diámetro, visible desde la órbita, habían sido muy superiores a lo calculado, lo que repercutió en detrimento de otros proyectos de investigación.

Luis Delgado puso todo eso por escrito en su informe, lo adornó con algunos detalles de su cosecha y pulsó la tecla "enviar". Cuando aceptó el cargo de director de la base pensó que se trataría de un puesto cómodo y con poco trabajo, al menos durante los primeros meses. Nada más lejos de la realidad. Desde la Tierra se le apremiaba a que justificase por qué los tres radiotelescopios y el telescopio óptico de la base se encontraban en parada técnica cuando se produjo la anomalía, término éste, usado para referirse al destello energético detectado por el crucero de guerra *Talos*, que cubría la ruta Tierra-Marte.

Lizán, el astrónomo jefe de la base —deberían haberse cubierto cinco plazas de astrofísicos, así que de momento Lizán solo era jefe de sí mismo— acudió al despacho de Delgado para informar que ya se habían solventado los fallos advertidos por el personal de mantenimiento, y que los equipos a su cargo volvían a funcionar correctamente. Pero ya era tarde. La anomalía había desaparecido y nadie sabía qué la había causado, si bien debía tratarse de algo de extraordinaria potencia para sacar de su órbita a un asteroide y zarandear al *Talos*, que se hallaba a seiscientos mil kilómetros de distancia de la explosión de luz. El parte de la oficial médica no reflejaba heridos. El sólido blindaje y la rápida actuación del comandante había evitado que en estos momentos el *Talos* fuese una nave fantasma. Milagrosamente, una brigada de reparaciones que se hallaba en el exterior fue evacuada momentos antes del estallido, a sugerencia de la misma oficial.



—¿Crees que nos escucharán? —dijo Lizán, sentándose frente a su escritorio—. El comité del Congreso discutirá tu informe, en el que los criticas por privarnos de los fondos que necesitamos para funcionar. No les hará ninguna gracia.

—No pretendo ser gracioso, sino evitar que nos acusen de negligencia por lo sucedido —dijo Delgado.

—Así que la mejor defensa es un buen ataque —murmuró el astrónomo, rascándose un barrillo del mentón.

—En esta ocasión, sí. No es culpa nuestra que la sección de radioastronomía no funcione como es debido. Para empezar, ¿cómo pretenden que una sola persona se encargue de todo?

—Los datos de los telescopios se envían vía satélite a la Tierra. Allí son analizados y...

—Olvida esa forma de pensar. Sé que han tratado de automatizar toda la base porque resulta más barato mantener a cincuenta robots que a un hombre. Pero los humanos seguimos siendo imprescindibles, o de otro modo ni tú ni yo estaríamos aquí.

—Dale tiempo al tiempo.

Delgado se levantó y se asomó al ventanal, desde el cual se divisaba una llanura salpicada de hoyuelos. En aquel cielo monótono, sin un claro de Tierra que les distrajese, la sensación de vacío y aislamiento se acrecentaba.

—Sé que el tiempo juega en nuestra contra —dijo Delgado, como si hablase para sí mismo—. Y los aranos se han dado cuenta de ello. Pero no nuestro gobierno.

—¿A qué te refieres? —Lizán arqueó una ceja.

—A que nos llevan mucha ventaja. Viven más, pueden preservar sus recuerdos en un soporte electrónico y descargarlos después en un cuerpo orgánico. Las estrellas les pertenecen a ellos, no a nosotros. Hemos creado a los humanos que nos reemplazarán y pronto nos quedaremos obsoletos. ¿Has oído hablar del proyecto Kuiper?

—Sí. Transformación de pequeños asteroides en naves propulsadas con impulsión iónica. Pero eso les llevará siglos.

—Tienen todo el tiempo del mundo. Un terrestre no sobreviviría a un viaje al sistema Vega. Para los aranos, será un abrir y cerrar de ojos —volvió al sillón de su escritorio y se

concentró en el informe que Lizán le había traído—. ¿Algún dato nuevo sobre la anomalía?

—He confirmado que ningún observatorio de la Tierra la detectó. El *Talos* llegará al asteroide DFE 254 en un plazo de treinta horas, para estudiar si en su superficie hay alguna pista que arroje más luz sobre este asunto.

—El responsable de la anomalía se tomó muchas molestias en que no hubiera testigos.

—Yo no daría por supuesto que se trate de un suceso artificial. Los estallidos de rayos gamma son constantes en la galaxia. Admito que en este caso se trató de un pulso de baja potencia, o de lo contrario la radiación habría esterilizado la Tierra y Marte, pero desconocemos mucho sobre los fenómenos astrofísicos. Cuanto más sensibles son nuestros instrumentos, más hechos se niegan a encajar en nuestras teorías.

—El *Talos* llevaba un retraso de cuatro días en su ruta hacia Marte. No debería haber observado la anomalía si su motor de fusión no se hubiese averiado inoportunamente. Una avería que, sin embargo, ha resultado providencial.

—Habría preferido que el motor del *Talos* no se hubiera averiado —gruño Lizán—. Este desagradable asunto me da muchos quebraderos de cabeza. Si me acusan formalmente de negligencia, me devolverán a la Tierra y será el fin de mi carrera. ¿Sabes cuánto he luchado para conseguir este puesto, Delgado?

—A ninguno de los que estamos aquí nos han regalado nada.

—A Picazo sí. Es un físico mediocre, he visto su expediente y lo único que sabe hacer es medrar a costa de los demás. No debería estar aquí, ni meterse en lo que no le concierne.

—Míralo desde el lado positivo: la anomalía es lo bastante enigmática para que despierte tu curiosidad científica —dijo Delgado con calma, ignorando los comentarios sobre Picazo.

—Cuando me juego el pan de mis hijos, que se vayan al cuerno todos los enigmas del universo. Solo quiero que dejen de atosigarme. No es culpa mía que los aparatos no funcionen

como debieran. Que exijan responsabilidades al fabricante que le vendió esa chatarra al gobierno, no a mí.

Delgado cerró la carpeta de documentos y la apiló a un lado de su mesa, junto con los informes de mantenimiento.

Nada parecía funcionar bien aquella semana. El jefe de ingeniería, Arnothy, hacía horas extra con una reducida dotación de mecánicos, que debían solucionar los fallos que se producían cuando se conectaba un equipo nuevo, se dotaba de energía a una sección o se presurizaba un módulo. La legión de robots que pululaban por dentro y fuera de las instalaciones aliviaba el trabajo de la brigada de mantenedores, pero aún así, los robots no podían hacerlo todo. Y siempre era necesario una persona que asumiese el control de los mismos y pudiera tirar del enchufe si se producía una crisis. A diferencia de la araña, la cultura terrestre estaba contaminada de profundos miedos hacia la inteligencia artificial y los escenarios apocalípticos en que las máquinas convertían en picadillo a los humanos. Miedos que habían sido avivados en el pasado por el gobierno religioso que rigió los destinos de la Tierra durante tres lustros. La ciencia y la tecnología habían frenado su avance en seco durante aquella época, mientras en Marte se aprovechaba la oportunidad para sacar ventaja.

Durante la colonización de Marte, la Tierra incentivó a las empresas para establecerse en el planeta rojo, mediante subvenciones, concesiones de terrenos y exenciones fiscales durante décadas. La industria biotecnológica fue una de las primeras que emigró a Marte, un lugar donde la legislación era laxa y permitía libertad total a los investigadores. Pero no fue la única que se trasladó allí. Algunas empresas de informática también se establecieron en Marte atraídas por las ventajas, y en unos años amortizaron la inversión y empezaron a generar beneficios, que reinvirtieron en compra de patentes de inteligencia artificial, desarrollando la tecnología de *backup* cerebral e inundando a la Tierra de software barato y potente, que acabó hundiendo a aquellas firmas menos emprendedoras que no habían querido emigrar.

La llegada del partido de la fe, una extraña coalición organizada por sectores religiosos antagónicos, pero que en la práctica funcionó durante quince largos años, colocó en

desventaja a las empresas de la Tierra. Mientras Marte seguía su camino imparable hacia el futuro, en la Tierra se promulgaban códigos morales de obligado cumplimiento para los investigadores, que dejaban fuera de la ley a la investigación biotecnológica. El recelo hacia la ciencia propició un clima adverso contra todo lo que oliese a progreso. Las inteligencias artificiales fueron prohibidas, por considerarse un insulto a Dios y un riesgo para la sociedad, y también los tratamientos para la prolongación de la vida mediante biomáquinas.

Aunque el gobierno había sido reemplazado hacía cinco años por una coalición de derechas, la inercia del involucionismo no había desaparecido por completo. Los robots de mantenimiento de la base Selene no eran ni la mitad de inteligentes que los equipos de cualquier investigador mediano en Marte, y su software estaba restringido de fábrica para evitar que en el futuro evolucionasen hacia la autoconsciencia y atacasen a los humanos, un temor que los aranos ya se habían encargado de desmentir. De hecho, en Marte existía una curiosa amalgama entre los nuevos humanos y las inteligencias que habitaban en la Comuna, una infoesfera que albergaba las personalidades de miles de humanos muertos, cuyas consciencias fueron rescatadas de la putrefacción de sus cuerpos y almacenadas en una red de ordenadores.

La nueva administración conservadora no había variado mucho la política de recelo hacia las inteligencias artificiales. Si bien ya no se las consideraba un insulto al plan de Dios, pervivía el temor de que los aranos, que controlaban la tecnología informática más avanzada, pudiesen hacerse con el control de los equipos terrestres si les apetecía. Los aranos lograron su independencia por el camino de la paz, pero hacía poco de eso y en la Tierra aún clamaban voces criticando el modo en que se les concedió la soberanía.

Resultaba irónico que un planeta en el que no había más que arena y rocas se hubiese colocado a la vanguardia tecnológica en unas décadas, gracias a la incompetencia de los gobernantes de la Tierra y su obsesión por poner vallas al mar. Una persona que viviese en Marte tenía una esperanza de vida

elevada, y si disponía de dinero suficiente, podía escanear la información de su cerebro para ser restaurada en otro cuerpo, o en la Comuna, cuando muriera. En la Tierra, el panorama era muy distinto. El sistema sanitario estaba al borde del colapso, la superpoblación y la hambruna había bajado la esperanza de vida a sesenta años, y eso solo en los países más desarrollados. Aún así, el nuevo gobierno no se doblegaba a las calamidades, obcecado en recuperar la ventaja que los aranos les llevaban. Base Selene sería buen testigo de esta época de cambios. Su colisionador de partículas era el más grande y potente de la historia, superando al Aratrón de Marte. Se decía que el reino de lo infinitesimal escondía el cuerno de la abundancia, formas exóticas de energía producidas a partir del continuo espaciotiempo, de la vibración de invisibles branas, de partículas virtuales atrapadas justo antes de desaparecer en la nada de la que brotaban. El gobierno esgrimió muchas razones para justificar ante los contribuyentes la construcción de un anillo de doscientos kilómetros de diámetro en la cara oculta de la Luna, pero la principal, el verdadero motor de aquella faraónica estructura, era mucho más simple y estaba al alcance de cualquier profano en física.

Los aranos tenían un acelerador gigantesco, y eso era intolerable.

El intercom de sobremesa zumbó. Picazo quería verle.

—Mándalo a paseo —protestó Lizán—. Dile que estás ocupado.

—¿Te inquieta lo que tenga que decirme? —sugirió Delgado, suspicaz.

—No, claro que no, es solo que... —el astrónomo se levantó—. Bien, si necesitas algo de mí, llámame.

A la salida del despacho, Lizán se cruzó con un arrogante Picazo que le escrutaba duramente. Le devolvió una mirada avinagrada, pero no dijo una palabra y apresuró el paso.

—Deberían esforzarse en congeniar —le aconsejó Delgado, señalando la silla—. Van a pasar mucho tiempo aquí juntos.

—Eso puede arreglarse —dijo Picazo sombríamente, estirándose los pantalones.

Era un individuo flaco y nervioso, de mirada inquieta. Su forma de ser se reflejaba en sus gestos, compulsivos y ocasionalmente desagradables. Picazo perdía fácilmente el control.

—¿A qué se refiere? —inquirió Delgado, intentando mostrar una expresión relajada. Todo un reto, pues Picazo tenía la habilidad de sacar de quicio al más templado.

—No sé qué es peor, que Lizán sea un inepto o que sepa perfectamente lo que hace. Tal vez desconectó los telescopios deliberadamente, para que no enfocasen al lugar donde surgió la anomalía.

—¿Tiene alguna prueba de lo que dice?

—Todavía no, pero estoy en ello. No me gusta Lizán, habla mal de nuestro gobierno, critica la política del presidente, tacha de fascistas a los miembros de la coalición y...

—¿Eso lo convierte en un conspirador?

—No lo sé, y por la seguridad y bienestar de esta base me gustaría equivocarme. Pero el atentado contra el director general de energía evidencia que los terroristas cuentan con una infraestructura en la Luna. No hay muchos efectivos en el satélite; aparte del personal de Selene y el de la planta solar de *Mare Serenitatis*, solo hay una base militar con un centenar de efectivos en Copérnico. El resto de colonias fueron cerradas durante la administración religiosa.

—¿Y eso qué tiene que ver con Lizán?

—Pues que debemos investigar a cada persona que trabaja en la Luna para descubrir a los terroristas. Es un trabajo ingrato, pero está en juego la seguridad de la Tierra.

—Acaba de citar la palabra seguridad dos veces en menos de un minuto. Comprendo que esté preocupado, pero tengo la situación bajo control.

—Eso mismo creía el director de la planta solar, hasta que un terrorista detonó la bomba que llevaba pegada al hígado.

—Por suerte o por desgracia —más bien por suerte, pensó Delgado— no hay aquí ningún político que nos convierta en objetivo.

—Se olvida del colisionador de partículas. Es una enorme diana para que elementos subversivos ejerciten el tiro al blanco.

—Lizán se ha quejado de que se entromete en su trabajo. ¿Es eso cierto?

—Por supuesto.

—No me gustan las tensiones entre el personal de esta base, y Lizán no ha dado motivos para que sospeche de él.

—Señor, el atentado contra el director de energía no ha sido un hecho aislado.

Delgado, cogido con la guardia baja, tardó en reaccionar.

—Le agradecería que fuese más concreto.

—Lo que voy a contarle no puede salir de este despacho. Afecta a la... —sonrió— seguridad de la Tierra.

—Guardaré el secreto.

—Imagino que estará al tanto de los planes de siembra de algas verdeazuladas en Venus. El objetivo es disminuir el efecto invernadero de sus nubes en unas décadas, y permitir colonias permanentes en la superficie sin que se funda el metal. Las algas metabolizan el anhídrido carbónico y los sulfuros de la atmósfera que...

—Conozco el proyecto. Y también que la mayoría de los planetólogos se han opuesto por considerarlo inviable.

—No entraré en polémicas sobre eso; la biología no es mi especialidad, ni tampoco la suya. Usted es físico, como yo.

—Siga.

—Alguien sabotó el cargamento de algas y reemplazó el contenido de los tanques por agua teñida. Creemos que el cambio se realizó en la Luna, mientras se montaban los módulos de la nave que viajaría a Venus. Las supuestas algas fueron esparcidas en la atmósfera, sin ningún efecto. Tras varios meses de análisis, los satélites que tenemos en órbita de Venus han confirmado nuestros temores, pero el gobierno lo ha mantenido en secreto para no perjudicar la marcha del proyecto.

—¿Cómo sabe todo eso?

Picazo le dirigió una mirada gélida.

—¿Quiere decir que cómo un tipo como yo ha accedido a una información clasificada que ni siquiera usted, el jefe de esta base, conoce?

—Sí.

—Lo sé y basta. Lamento no poder satisfacer su curiosidad, pero tendrá que confiar en mí.

—No puedo aceptar lo que usted dice sin antes confirmarlo por un canal oficial.

—Me ha dado su palabra de que lo que le acabo de contar no saldría de este despacho.

Delgado reconoció internamente que Picazo le había pillado.

—Dígame quién es usted.

Picazo, satisfecho por haber captado el interés de Delgado, se relajó en su asiento.

—Un científico que cumple su trabajo —en su rostro se dibujó un malicioso rictus.

—Su expediente no es precisamente brillante.

La alegría desapareció de repente. Picazo frunció los labios y se puso nervioso.

—Esa observación es ofensiva —farfulló algo que Delgado no llegó a entender—. Piensa de mí lo mismo que Lizán.

—Quiero saber cuáles son sus contactos, antes de decidir hasta qué punto es fiable la información que me ha dado.

—Tengo amigos influyentes en Bruselas, si se refiere a eso.

—¿En el ministerio de Klinger?

—En el ministerio de Seguridad, sí —Picazo cruzó los brazos, divertido—. Alguien consideró una buena idea que viniese aquí a echar una mano.

—Una mano a Klinger.

—¿Por qué me mira de ese modo?

—No me informaron de que habría un comisario político en la base.

—¡Por favor!



—¿Entonces quién es?

—Un amigo del gobierno. Un patriota consciente de los peligros que acechan a nuestro mundo. Necesitamos tener los ojos bien abiertos, y toda la ayuda que reciba nuestro gobierno es poca.

—Eso no le da derecho a que empiece a sospechar de mis hombres solo porque no les caigan bien. Si tiene alguna prueba contra Lizán, entréguemela. De lo contrario, guarde sus juicios de valor para sí mismo.

Picazo se retiró sin decir nada, aunque al menos resistió la tentación de dar un portazo cuando salió del despacho. Delgado empezó a preocuparse. No le gustaba aquel presuntuoso, pero le había mostrado una de sus cartas para advertirle que no iba de farol y que se equivocaría si no le tomaba en serio. Se preguntó qué sucedería si pusiese a prueba las influencias de Picazo, y recomendase a la agencia espacial su reemplazo por alguien más cualificado. ¿Intervendrían los esbirros de Klinger para evitarlo?

En realidad, no tenía el menor interés en averiguarlo. Atraer la atención de un ultraderechista xenófobo era lo último que le convenía, máxime cuando el Congreso le exigía explicaciones por culpa de la anomalía. Si Klinger fijaba sus ojos en base Selene, no tardarían en llegar policías y soldados.

Ya tenía bastantes problemas con el comité del Congreso para lidiar además con militares.

## 2: Secuelas del pasado

### I

El asteroide DFE 254, una vulgar roca de cincuenta kilómetros de diámetro, tan mediocre que no merecía un nombre propio para reconocerla, apareció en la ventana panorámica del puente de mando del *Talos*, mostrando una superficie craterizada fruto de millones de años de erráticas colisiones con escombros del sistema solar, abandonados durante la etapa de formación de los planetas. No era un asteroide peligroso para la Tierra ni para Marte, su órbita entre ambos mundos era estable y carecía de interés para los astrónomos. Pero muy a su pesar, había sido obligado a renunciar a su cómodo anonimato para exponer su superficie a las sondas, taladros y cámaras del crucero de combate, que tratarían de averiguar qué le había hecho variar su curso. Dado que ahuyentar a los humanos estaba fuera de sus capacidades, el asteroide solo podía ofrecerles pasivamente su castigada piel arañada por el universo, y desear que hallasen pronto lo que buscaban para que se fuesen por donde habían venido.

El general Velasco reclamó la presencia de la oficial científica Gritsi en el puente. Godunov no le servía de mucha ayuda para interpretar los datos que enviaban las sondas, y además, Velasco experimentaba un secreto placer observando por el rabillo del ojo la expresión del ruso, cada vez que la mujer hacía algún comentario.

Una de las lamentables ordenanzas promulgadas en el pasado por el partido de la fe regulaba la segregación por sexos en el ejército. Godunov había servido en aquella época al mando de tripulaciones compuestas exclusivamente por

hombres, y ahora las tripulaciones mixtas le causaban el mismo placer que un dolor de muelas. La presencia de Gritsi en el puente sería pedagógica y reeducativa. Godunov tendría que volver a dar cuerda al reloj o acabaría en un lóbrego despacho archivando papeles, uno de esos cementerios de elefantes donde se arrincona a los militares que se han convertido en un estorbo. En épocas más boyantes, habría pasado a la reserva cobrando una buena pensión, pero la crisis económica no permitía esos dispendios; ahora se los mantenía en activo mientras se tuviesen en pie, aunque fuese con ayuda de exoesqueletos.

Tras un día de estudio, se constató que el asteroide no presentaba signos de impactos recientes que delatasen la colisión con otro cuerpo, aunque sí aparecieron grietas profundas que podrían en el futuro amenazar con disgregarlo en varios fragmentos. También se descubrió que una de sus caras había sido expuesta a una intensa radiación de rayos gamma.

—No sé qué pudo sacarlo de la órbita, general —admitió Gritsi—. Estaba preparada para encontrarme signos de una explosión termonuclear de varios megatones que expliquen las grietas de su superficie, pero los resultados niegan esa posibilidad.

Godunov se le acercó para lanzar a la mujer un misil bajo la línea de flotación:

—Tal vez la culpa no sean de los datos, sino de su incapacidad para interpretarlos —se volvió hacia Velasco—. General, sugiero que enviemos la información al centro de mando y esperemos órdenes.

—Lo hicimos hace un par de horas —dijo Velasco—. En la Tierra tampoco saben qué ha ocurrido.

—Personalmente, me encantaría escuchar las ideas del coronel sobre la anomalía —dijo Gritsi con voz neutra, aunque su expresión reflejaba cierta malicia.

—¿Mis ideas? No sé qué demonios ha ocurrido; se supone que ésa es labor de los técnicos como usted, alférez.

—Los datos del observatorio lunar Selene tampoco son concluyentes —dijo Gritsi, sin caer en la provocación—. Aparte de algunos picos de actividad solar, no tienen noticia

de ninguna explosión de rayos gamma de baja intensidad que haya ocurrido en nuestro sistema.

—¿Baja intensidad? —exclamó Godunov, señalando el ventanal panorámico—. A ese pedrusco no se le puede mover con un simple escupitajo.

—Hablo de baja en comparación con los estallidos de rayos gamma que se detectan rutinariamente por los radiotelescopios. Son un fenómeno natural en nuestra galaxia y en el resto del universo.

—¿Y qué los produce?

—Radiación sincrotrón de agujeros negros, supernovas... Una explosión así bastaría para matar la vida en nuestro sistema, y la radiación afectaría a los planetas que se hallasen a un radio de cien años luz de la fuente de emisión, e incluso a más distancia. De ahí que hablase de baja intensidad en este caso, coronel.

Godunov entornó los ojos. Se había adentrado en arenas movedizas y estaba en desventaja ante aquella rata de biblioteca. Considerando que era el momento de un repliegue táctico, se alejó al otro extremo del puente, donde Gritsi no pudiera comprometerle.

—Lamento que mis explicaciones hayan molestado al coronel —dijo la mujer con modestia insincera—. Solo me he limitado a responder a una pregunta directa.

—No se preocupe por él —rechazó Velasco con la mano—. El coronel es de la vieja guardia. Si usted fuese un hombre, seguro que le dejaría en paz.

—Entiendo a qué se refiere, general. Lo cierto es que hay pocas mujeres en la tripulación del *Talos*.

—Sí. Nuestros mandos necesitan un reciclaje urgente. Abandonar las malas costumbres lleva tiempo.

Gritsi iba a contestarle, pero se quedó mirando la pantalla que tenía frente a ella, con gesto de asombro.

—¿Qué sucede, alférez?

—El escáner ha captado un cuerpo metálico a ciento treinta kilómetros del asteroide —fijó su posición y amplificó la imagen—. Parece una radiobaliza.

—¿De nuestro ejército?

—No lo sé —Gritsi tecleó en su consola—. No responde. Podría estar averiada.

—Transmita instrucciones a los robots sonda. Que se dirijan a la baliza, la analicen y, si no contiene explosivos, la remolquen hasta el muelle de carga. Usted y el teniente Soto se encargarán de estudiarla. Baje a la cubierta de ingeniería para coordinar los trabajos con el teniente.

Gritsi obedeció y se marchó a buscar a Soto, deseando tener suerte y que aquel tipo no se pareciese a Godunov.

Encontró a Soto dentro de un pozo, rodeado de una maraña de cables y circuitos desmontados. No se aperció de su llegada hasta que Gritsi le tocó en el hombro. Salió del hueco con el mono de trabajo manchado de grasa.

—El general tiene un trabajo para nosotros —dijo ella.

Soto sonrió. Tenía unos treinta años, piel morena y un cabello fuerte y corto, cortado a cepillo.

—Suena tentador —bromeó, mirándola detenidamente mientras se limpiaba la grasa de las manos con un trapo.

—Conozco esa mirada en los hombres, teniente, y le advierto que si he bajado aquí es por motivos estrictamente laborales. Hemos descubierto un objeto similar a una baliza y Velasco ha ordenado que lo traigan aquí para que usted y yo lo estudiemos.

—No me llames de usted; aquí estamos en el mismo barco —dijo Soto—. Si vamos a trabajar juntos, hagámoslo en un ambiente relajado.

El hombre se marchó al aseo, se quitó la suciedad de la cara y volvió a salir con un aspecto más presentable.

—¿Habéis encontrado algo interesante en el asteroide? —dijo—. Porque ya llevamos bastante retraso para incorporarnos a las maniobras.

—Las maniobras pueden esperar. Y en cuanto a tu pregunta, lo más interesante es lo que no hemos encontrado.

—Vaya. Pues no lo pillo.

—Pensaba que la órbita fue alterada por una explosión nuclear, pero no hemos hallado indicios que lo demuestren.

—Bueno, y qué. Éste es un crucero de combate. Nuestra misión no es científica.

—Pero somos la nave más próxima que había. Y personalmente, creo que esto posee más interés que participar en unos ejercicios de adiestramiento de la flota.

—¿Una médica está preparada para estudiar algo tan raro que ni los físicos de la Tierra entienden? Sin ánimo de ofender, claro.

—La medicina es mi campo, pero en mi formación se incluyen otras materias, como astrofísica, biología o geología.

—Ya veo —Soto se quitó una pelusa grasienta que se había pegado a su pelo.

—A los oficiales científicos del ejército se les exige una preparación multidisciplinar.

—Está bien saber un poco de todo —reconoció el hombre—, pero la sociedad demanda especialistas, y el ejército no es una excepción. Hacer que funcione un crucero como éste exige un montón de ingenieros especialistas, y cada uno debe dominar muchas variantes de su rama. El año pasado conseguí el máster en plasmas de fusión Tau 50. Cada modelo nuevo que fabrica el ejército requiere un aprendizaje de dos años, y cuando crees dominarlo, ya está en la cadena de montaje el que lo sustituye.

—Deberíamos ir al muelle de carga, para preparar la llegada de la baliza.

—Descuida, nos avisarán en cuanto llegue. Mientras, permíteme que te enseñe mis dominios. Es la primera vez que bajas a esta cubierta, ¿verdad?

—Sí.

—No debería estar tan desordenado, pero hemos tenido problemas con los motores, como ya sabes —Soto la condujo a la cubierta inferior, situada en la popa, donde se hallaba el generador de fusión—. Aquí está el corazón de la nave, y yo soy su médico. Se obstruyeron dos inyectores y tuve que hacer un *by pass*, una derivación, para mantener la maquinaria en funcionamiento. ¿Has perdido alguna vez a un paciente?

—He hecho prácticas en la UCI de un hospital militar.

—Eso es un sí.

A Gritsi le incomodó la actitud de Soto, y no entendía bien el propósito de aquella charla.

—La muerte forma parte de nuestra profesión —dijo él, quitándole importancia—. En el fondo nos parecemos mucho. Si tú metes la pata, alguien muere. Si yo cometo un error, nos convertimos en puré —señaló la enorme cámara de confinamiento del plasma, rodeada de un laberíntico circuito de refrigeración, acumuladores y células de energía—. Aquí dentro hay enjaulado un pequeño sol; hemos domesticado la energía que hace brillar las estrellas, pero el proceso no es completamente seguro.

—Conozco los fundamentos del motor de fusión —replicó Gritsi con demasiada sequedad. Soto intentaba ser amable y ella no le estaba correspondiendo.

—Godunov me pasó los datos de la anomalía para que le diese mi opinión. Tal vez podría ser un motor experimental que quedó fuera de control.

—¿Nuestros generadores de fusión pueden producir tanta energía como para desviar un asteroide? —inquirió ella, escéptica.

—No, pero desconocemos muchas cosas de la tecnología arana. Nos llevan décadas de ventaja en investigación, y no sabemos hasta qué punto han mejorado nuestros diseños de cámaras de plasma.

—Es una idea interesante, pero improbable.

—¿Por qué?

—Hay indicios de que la anomalía produjo ondas gravitatorias. No he podido confirmarlo porque a bordo no contamos con el instrumental, y en la Tierra cerraron los dos únicos centros de detección de ondas de gravedad que sobrevivieron al gobierno religioso. Estamos investigando discretamente en universidades privadas, por si tuvieran equipos que hubieran registrado algo. Este suceso ha sido clasificado como secreto y no podemos divulgarlo a la comunidad científica.

—Pero los observatorios terrestres no captaron la anomalía porque la Luna estaba en medio de la línea de visión —Soto añadió, vacilando—. O eso me ha dicho Godunov.

—Con las ondas de gravedad, eso no supone ningún inconveniente. Es el mismo tejido del espacio el que se dilata y contrae al paso de una de ellas. Si la longitud de la onda

hubiera sido media, la Tierra habría sido sacudida por grandes seísmos.

—Un espaciomoto.

—Supongo que se le podría llamar así. La anomalía desencadenó un espaciomoto pequeño que agrietó el asteroide que estamos estudiando, pero todavía no sé qué causó ese temblor, aunque dudo mucho que fuese la explosión de un motor de fusión.

—No conocía esos datos —Soto se frotó la barbilla, reflexionando—. Esto tiene mala pinta.

—Cierto.

—Y esa baliza que habéis encontrado podría darnos la clave para resolver el misterio.

—Puede que sí. O puede que introduzca un misterio aún mayor.

—No sé qué sería peor, que los aranos hayan causado la anomalía con una tecnología derivada de la nuestra, o que no sean ellos. Porque en este caso, vamos a tener un problema muy gordo.

Recibieron una llamada del muelle de carga. La sonda robot se aproximaba al *Talos* con un objeto ovoidal entre sus brazos articulados, como una matrona exhibiendo el fruto de un dudoso alumbramiento.

## II

Sebastián eligió la mesa más apartada de la cantina del hospital, para tomar su almuerzo. Había dedicado la mañana a una delicada operación para extraer una prótesis cerebral a un paciente ciego. Hacía cinco años, este enfermo fue operado de una lesión en el lóbulo occipital para devolverle la vista, y el implante había funcionado bien durante este tiempo, pero en los últimos meses empezó a perder visión y, lo más grave, el control de su cuerpo. El fallo residía en el diseño de uno de los chips de la prótesis neural; por desgracia éste no era el único caso y las demandas contra el fabricante se habían



multiplicado, viéndose obligado a suspender pagos. Ahora, los afectados tenían que sufragar de su bolsillo una operación que, aunque no les devolvería la vista —no había otras prótesis al alcance del ciudadano medio que ofreciesen garantías—, sí les permitiría llevar una vida similar a la de cualquier ciego.

Suerte que aquel paciente podía permitirse pasar por el quirófano. Los hospitales públicos estaban atestados de enfermos sin recursos que mendigaban como almas en pena una solución a sus dolencias. Él mismo atendía por las tardes, en su consulta privada, a los que podía, pero la sensación de impotencia estaba haciendo mella en él. Y por si tuviera pocos problemas en el trabajo, aún se añadía unos cuantos extra con Anica y los neohumanos.

Ribera, un compañero del servicio de neurología, se acercó a él en cuanto lo vio, sentándose a su lado. La cantina no era el mejor lugar para pasar desapercibido, y Sebastián se resignó a mantener una charla que no le apetecía.

—Ayer, cuando te fuiste, un policía estuvo haciendo preguntas por el departamento —dijo Ribera, picoteando una patata frita del plato de Sebastián—. Sobre ti.

—¿Qué clase de preguntas? —Sebastián intentaba sin éxito partir su ternera, dura como las cabezas de algunos directivos de aquel hospital.

—Querían saberlo todo de ti. Qué haces después del trabajo, a quiénes ves, qué lugares frecuentas, ideas políticas... la mierda de siempre; el nuevo gobierno va a hacer buenos a esos fanáticos del partido de la fe.

—Se supone que es a Claude a quien deben investigar.

—No parece que estén poniendo mucho empeño, sinceramente. Él no está solo, tiene amigos en los puestos directivos del hospital, o de otro modo, no le habrían permitido seguir trapicheando con los certificados de ADN.

Para frenar el alto índice de natalidad, disparado durante la etapa de los integristas, el nuevo gobierno había aprobado un paquete de medidas eugenésicas muy polémicas; la esterilización forzosa de deficientes psíquicos y de personas sin recursos era una de ellas, pero no la única. Quienes deseasen tener hijos debían superar un test de calidad de su ADN, que garantizase que no poseían taras genéticas. Además

de frenar la presión demográfica, se pretendía mejorar el caudal genético humano y aumentar a largo plazo la esperanza de vida.

Pero no todo el personal médico encargado de analizar el ADN era trigo limpio. Personas como Claude aceptaban sobornos a cambio de certificar que sus clientes eran aptos para tener una descendencia sana. Obviamente, no se arriesgaban por unos pocos céntimos; los certificados de ADN limpio alcanzaban precios astronómicos, y Claude debía deducir de sus honorarios diversas mordidas, que se llevaban los supervisores del hospital y algunos funcionarios del ministerio de Sanidad por hacer la vista gorda.

Sebastián debería haber sido más consciente de la realidad, cuando decidió llevar a Claude ante las autoridades. No solo no habían suspendido cautelarmente de empleo y sueldo a aquel canalla, sino que le investigaban a él por haber destapado el escándalo.

—¿De qué pueden acusarme? —se encogió de hombros, inseguro—. Me limito a cumplir mi trabajo.

—Bueno, con esta gente eres culpable hasta que no se demuestre lo contrario. Si escondes algo, por pequeño que sea, lo encontrarán.

—Tengo la conciencia tranquila.

—Me alegro por ti, Sebas. Pero si quieres un consejo, deberías pensar en irte a otro hospital. Eres un neurólogo de talento y estoy seguro de que te será fácil encontrar trabajo en otra ciudad.

—Me gusta Barcelona.

—Has puesto en evidencia a los funcionarios locales de Sanidad. Te harán la vida imposible si permaneces aquí. ¿Por qué no vuelves a Madrid? Allí viven tu madre y tu hermana.

—¿Y por qué no se vuelve Claude a París? ¿Por qué tengo que ser yo el que se marche? ¿Acaso he sido yo el que ha cobrado sobornos?

—Baja la voz, por favor.

—Eso es lo que él quiere, que deje de incordiarle y me largue para que siga con sus chanchullos.

—Era un consejo de amigo. Me conoces desde hace mucho, Sebas. Me repugna lo que hace Claude, y me asquea

aún más que nuestros jefes lo toleren, pero nuestro hospital no es el único que lo hace. La ley del control de calidad de ADN es fascista, como el programa de esterilizaciones a mendigos y deficientes. Colaborando para que se cumpla, nos convertimos en cómplices del Estado. Sé que recibir sobornos no es la mejor forma para combatirla, pero...

—Si Claude es tan buen samaritano, que emita certificados a todo el que se lo pida, sin mirarle antes la cartera.

—Los riesgos son muy altos; la gente no se juega su empleo a cambio de buenas intenciones. Lo siento, pero el mundo es así y no vas a cambiarlo.

—Hablas como Anica.

Ribera hizo memoria

—¿Anica Dejanovic? ¿La croata?

—Sí.

—Creí que habíais cortado.

—Hicimos las paces.

—Una mujer muy temperamental. Pero no te va. Tú estás hecho de otra pasta.

—Si quisiese alguien idéntico a mí, encargaría un clon y descargaría una copia de mi cerebro dentro de él.

—Tendrías que ir a Marte para eso.

—Sería muy aburrido vivir conmigo mismo. He vivido mucho tiempo solo y sé de qué hablo.

—Volverás a estar solo si la policía te detiene.

—Mira, ya no puedo dar marcha atrás porque daría lo mismo. La investigación está en curso y he atraído la atención de las autoridades. De nada servirá que ahora me desdiga.

—Haz lo que quieras. ¿Vas a comerte esa carne?

—Es toda tuya.

Ribera la atacó con energía y engulló un buen trozo, que masticó satisfactoriamente. Debía tener unos dientes de titanio para comerse aquel trozo de mármol con forma de filete.

—Mmm... está buena —farfullaba Ribera con la boca llena.

—¿La ternera?

—Anica. Es más joven que tú y tiene un buen cuerpo. Qué más da que no os llevéis bien. Lo que importa es que funcionéis en la cama.

—Agradezco tu preocupación por mi vida sentimental, pero...

—Por cierto, ¿en qué trabaja?

Anica no trabajaba oficialmente en nada, aunque extraoficialmente se dedicaba a tiempo completo a las actividades del movimiento neohumano. Nunca le pedía dinero para sus gastos, y él no le hacía preguntas sobre ese tema.

—Le gusta pintar —dijo Sebastián.

—Eso no es un trabajo.

—Sí, bueno, está buscando una ocupación.

—Tu sueldo es pequeño, y no sé lo que ganarás por las tardes en tu consulta privada, pero me han dicho que a muchos pacientes no les cobras.

—Ella come poco. Me costaría más barato alimentar a cinco Anicas que a ti.

Una luz de alarma se disparó en su cabeza. Ribera estaba haciendo demasiadas preguntas.

—Ya podías haberte liado con una banquera. Con esa mujer lo llevas crudo, la verdad —Ribera se llevó a la boca un puñado de patatas fritas.

Pero su amigo no lo traicionaría, lo conocía desde hace años. Claro que el tiempo cambia a la gente. El tiempo y las facturas sin pagar.

—¿Sigues todavía con tu investigación sobre la EMT?  
—dijo el hombre, cambiando de tema.

—Desde luego.

—La estimulación magnética transcraneal es una técnica anticuada. Deberías dedicar tus esfuerzos a algo más productivo.

—Estoy trabajando con nuevos algoritmos.

—¿Consigues resultados que merezcan la pena? Se requiere mucho tiempo con cada paciente, y los progresos siempre son modestos.

—Creo que la EMT sigue siendo válida para combatir muchas patologías, no solo cerebrales. Pacientes

inmunodeprimidos han mejorado su calidad de vida con esta técnica. Conociendo la secuencia de pulsos adecuada, se puede inducir al cerebro a que produzca determinados neurotransmisores cuya carencia produce enfermedades. Incluso he conseguido avances con drogadictos, bloqueando la absorción de las sustancias tóxicas que producen la dependencia.

—Hay un montón de fármacos en el mercado que ya hacen eso.

—Los fármacos son caros, y en las patologías que estudio no curan al enfermo; deben seguir tomándolos prácticamente de por vida. Con la EMT puedo lograr cambios permanentes en el cerebro, sin introducir sustancias extrañas en el paciente; simplemente, le ayudo a que él mismo produzca la química que necesita. En el fondo, el cerebro no es más que un músculo que necesita ser ejercitado; si, por la razón que sea, olvida alguna tarea que debe realizar, yo le ayudo a restablecer el equilibrio.

El móvil de Sebastián vibró en su bolsillo. Anica quería hablar con él.

—Todavía no ha terminado mi jornada —dijo al auricular—. Nos veremos a mediodía.

—No nos queda mucho tiempo —le respondió la mujer—. Escápate un rato. Quedamos en tu casa dentro de media hora.

—¿Y no puede ser en una cafetería cercana al hospital?

—No. Media hora. Te quiero.

La comunicación se cortó.

—Ha surgido un imprevisto y tengo que marcharme. Esta mañana no tengo programadas más operaciones, pero hazme un favor y visita a mis pacientes de la planta.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Ribera—. Espero que no sea nada grave.

—Llámame si la cosa se complica aquí. Mañana nos vemos.

El viaje de regreso a su casa le llevó más tiempo del que Anica le había concedido, y eso que no había excesivo tráfico. Sebastián intentó adivinar durante el camino el motivo de tantas prisas. ¿Habían entrado en su clínica privada? La ley le

concedía el derecho a presenciar el registro, y la policía no lo había arrestado, de modo que no podía ser eso. A menos que se tratase de un registro ilegal. Sus investigaciones sobre la estimulación magnética transcraneal no se limitaban a lo que le había dicho a Ribera. Había algo más que mantenía en secreto, y que ni siquiera Anica conocía. No era exactamente una investigación ilegal, pero no quería divulgarlo todavía.

La gripe negra que sufrió la Tierra hacía un cuarto de siglo había dejado secuelas en parte de la población afectada. Pequeñas concreciones cálcicas habían crecido en el lóbulo frontal y causaban a los pacientes cefaleas, mareos y, en ocasiones, pérdida de memoria. No era aconsejable la extirpación por cirugía, pues los riesgos superaban a las ventajas, y además, no había garantías de que esas concreciones no volvieran a surgir, pues los intentos de desintegrarlas mediante ultrasonidos o radiología habían sido inútiles. Los fragmentos que se disgregaban volvían a surgir al cabo del tiempo, e incluso alcanzaban un tamaño mayor. Por fortuna, no se conocía que ningún afectado hubiera fallecido a causa de ellos.

De las tomografías cerebrales realizadas a sus pacientes, Sebastián averiguó que se trataba de biotecnología avanzada, abortada durante el proceso de crecimiento. Desconocía cuál era su función, porque para ello el implante habría debido desarrollarse hasta alcanzar las proporciones correctas, pero un pequeño número de pacientes sometidos a estimulación magnética cerebral habían manifestado interesantes efectos. Los implantes eran sensibles a determinadas secuencias de pulsos y producían sorprendentes sincronismos. Un paciente aislado en una habitación que recibiese un pinchazo en el dedo transmitía la sensación de dolor a otro que se hallase en la sala de espera. El efecto solo se producía si ambos poseían quistes cálcicos en los lóbulos frontales.

Sebastián prosiguió sus pruebas y descubrió que una gran variedad de estímulos sensoriales podían ser transmitidos de un paciente a otro, produciéndose sincronismos que duraban entre unos minutos y varias horas, dependiendo de cada persona. En colaboración con la doctora Muhlen, una colega arana que trabajaba en el instituto Barnard de Marte,

realizaron pruebas coordinadamente para esclarecer si la distancia influía en el intercambio de estímulos entre dos personas. Si bien la información viajaba a la velocidad de la luz, se constataron igualmente sincronismos neurales entre algunos pacientes de Sebastián y los de su colega. Uno de ellos, Tavi Ohmad, que vivía en la ciudad arana de Barnard, mantenía conexión neural estable con su *gemelo* que vivía en Barcelona, un drogadicto incluido en la terapia de EMT para curarlo de su dependencia. Sin necesidad de someterse a más sesiones de estimulación magnética, el implante de Tavi se mantenía en fase con el del paciente al que trataba Sebastián, funcionando unas pocas horas al día dependiendo de la posición de la Tierra y Marte en su órbita. Tavi era miembro de los neohumanos y tenía contactos en el planeta que les podrían servir si alguna vez viajaban allí.

Sebastián era consciente de las repercusiones que tendría aquel descubrimiento si salía a la luz, y de lo apetitoso que sería para las autoridades hincarle el diente. El gobierno podría sentirse tentado de derogar ciertas restricciones de uso de nanomedicina en la Tierra, y desarrollar implantes para mantener bajo vigilancia a los opositores al régimen. Tal vez sus temores eran infundados, y al final resultaría que aquellos quistes de calcio no tenían ninguna utilidad práctica, pero mientras hubiese una posibilidad de que alguien se aprovechara de sus estudios para hacer daño, Sebastián mantendría su descubrimiento en secreto. Su colaboradora en Marte era de la misma opinión y hasta la fecha mantenía escrupulosamente su palabra.

Entró en su piso y dejó el maletín en el vestíbulo. Anica conversaba con un hombre cercano a los sesenta años, bajo y rechoncho, que le señaló con el dedo al verlo.

—El doctor Sebastián Arjona —sonrió el hombre, levantándose del sofá con esfuerzo. Sus carrillos sonrosados brillaban por el sudor o por alguna crema cosmética—. Me llamo Abel Baffa. Seguramente Anica le habrá hablado de mí.

—Pues no —dijo Sebastián, confuso, mirando interrogativamente a la mujer.

—Es un ex ejecutivo italiano de Globalpharm millenium —aclaró la mujer—. Va a testificar en el juicio.

—¿Por qué lo has traído aquí? Este piso no es seguro.

—No lo es si se queda mucho tiempo, lo que no será el caso. Siéntate, Sebas.

—Estoy bien de pie.

—Como desees —Anica se encogió de hombros—. La presión policial es insoportable y vamos a anticipar nuestros planes, o nos arriesgamos a que todo el trabajo que hemos realizado en los últimos años se vaya a la basura. Ello incluye sacar a nuestros testigos de la Tierra.

—¿Qué?

—En cuanto abriesen la boca aquí, no durarían un minuto. No llegarían vivos al juicio.

—Tienen que ayudarme —dijo Baffa, nervioso—. Mis antiguos jefes sospechan de mí y ya me han amenazado.

—Además, en la Tierra no podemos esperar que haya un juicio justo —dijo Anica—. El gobierno controla a los fiscales y a unos cuantos magistrados del Tribunal Penal Internacional. Marte es nuestra mejor opción.

—Nuestra única opción —le corrigió Baffa—. Entiéndanme, pese a los cambios climáticos que ha experimentado Marte en las últimas décadas, no es un lugar en el que me apetezca vivir. Aún con los problemas de contaminación y superpoblación que tenemos, prefiero la Tierra. Pero si me quedo aquí, estoy muerto. Conozco los métodos de la compañía, he formado parte de ella durante muchos años y sé que quieren matarme.

—Estoy seguro de que hay otros miembros de la organización más capacitados para proteger a un testigo tan importante como el señor Baffa —objetó Sebastián.

—Los hay, pero no están en Barcelona —dijo Anica—. Abel ha tenido que viajar de incógnito hasta aquí, huyendo de los detectives que ha contratado Globalpharm.

—Los neohumanos tienen pisos en Madrid, Valencia y Sevilla.

—Esos pisos están vigilados. Sebas, deja de protestar y hazte a la idea. Nos ha tocado a nosotros. La decisión ya ha sido tomada —y añadió, con un tono de decepción—. Deberías sentirte orgulloso.

—Sí, mira cómo salto de alegría.



—Entraste en el movimiento para destapar un escándalo que se ha cobrado millones de vidas. Nos ha costado mucho reunir las pruebas, pero ahora las tenemos y no podemos echarnos atrás. Piensa en todo eso antes de que salga por tu boca la siguiente protesta.

Sebastián miró a Anica y, alternativamente, a Baffa. Cuando entró en el movimiento no pensó que algún día le pedirían que se implicase hasta el cuello, pero por otro lado, si permanecía aún en él era porque creía en sus ideales, defender la salud de los ciudadanos de la depredación de las grandes corporaciones y reemplazar el actual sistema por otro más justo. Destapar el genocidio silencioso practicado por las farmacéuticas, en connivencia con el gobierno terrestre, era el primer paso para el cambio.

Y cuando le pedían su ayuda, él ponía excusas.

—Solo por hacerme una composición —dijo finalmente—, ¿en qué medida es importante el testimonio de Baffa?

—Conoce los entresijos de Globalpharm desde dentro. Antes de que lo despidieran, sacó documentación confidencial que compromete a la compañía y a varios políticos, tanto del partido de la fe como de *Otro futuro*, que lidera Klinger.

—Si algo le sucediese, ¿qué pasaría con el juicio?

—Tenemos dos testigos más dispuestos a cooperar, pero de su protección no nos encargaremos nosotros. La organización lo ha dispuesto todo para que viajemos con documentos falsos en cargueros que cubren la ruta Tierra-Marte. Uno ya se encuentra cerca de su destino y el otro emprendió el viaje ayer. Solo quedamos nosotros.

—Y bien, ¿cuándo esperabas decírmelo?

—No creía que iban a darnos la orden de partir tan rápido.

—Al menos, me gustaría haber contado con un par de semanas para hacer los preparativos.

—No tenemos semanas, sino días. Haz el equipaje, porque tengo billetes abiertos para un vuelo a las Canarias. No sé cuándo saldremos de Barcelona, hay que esperar la llamada de mi enlace. En la Palma embarcaremos en una lanzadera que nos subirá hasta la órbita. Máximo cinco kilos por pasajero,

salvo con nuestro huésped, que se le permitirá llevar hasta veinte.

—Un detalle que le agradezco —dijo Baffa tímidamente.

—¿Cuánto tiempo estaremos en Marte?

—Eso depende —dijo Anica evasivamente.

—¿Un mes? ¿Seis? ¿Un año?

—Escúchame, Sebas. Cuando la policía se entere del lío en que estamos metidos, vamos a ser muy populares. Hasta las máquinas de tabaco tendrán nuestra foto. Pasa cerca de una de ellas y se acabó.

—Quieres decir que éste será un viaje sin vuelta atrás.

La mujer le puso los brazos encima de sus hombros y le acarició como si fuese un cachorro que intentase calmar.

—Acabaremos con los gobernantes corruptos de Tierra Unida, porque la verdad prevalecerá —dijo ella suavemente—. Entonces, y solo entonces, volveremos.

### III

Los operarios de mantenimiento de base Selene trabajaban a jornada completa en turnos rotatorios de ocho horas, pese a la ayuda de decenas de robots que se encargaban de las reparaciones más básicas. Algunas secciones del complejo, al darles presión, habían revelado fallos en el aislamiento térmico y sellado de juntas; eso sin contar con los problemas que estaba dando el gigantesco anillo de aceleración de partículas. Arnothy, el jefe de mantenimiento, se veía desbordado por la acumulación de trabajo y el hostigamiento del gobierno, que quería rentabilizar el dinero invertido cuanto antes.

Pero Arnothy tenía un motivo adicional de preocupación. El gobierno les había metido un comisario político entre el personal científico, un español llamado Picazo, con peligrosas amistades en la ultraderecha de Klinger. Picazo estaba obsesionado por encontrar un topo en

la base y había iniciado su particular caza de brujas, buscando confidentes entre el personal para que le informasen de cualquier actitud sospechosa o comentarios críticos hacia el gobierno. Lizán era su primera víctima, un pacífico astrónomo que no se metía en líos, cuyo único anhelo era que le dejaran trabajar tranquilo. Lizán era inocente, y Arnothy lo sabía mejor que nadie, pero para tipos como Picazo, todo el mundo tiene algo sucio que esconder. Por una parte, a Arnothy le favorecía que Picazo fuera estúpido y siguiese dando palos de ciego. Con su torpe comportamiento lograría que Delgado, el jefe de la base, se hartara de él y lo arrojase de una patada al exterior sin traje espacial. Pero por otro lado, Arnothy no se sentía bien sin hacer nada, dejando que gente honrada como Lizán tuviese problemas por culpa de aquel inepto.

Arnothy había protagonizado la hazaña más sonada de los últimos tiempos, que puso en evidencia a la agencia espacial. Lástima que no pudiese disfrutar del reconocimiento público de su autoría, pero al menos tuvo el privilegio de estar en el lugar y momento adecuados para frustrar los planes de destrucción de la vida microbiana de Venus. Hacía ya un siglo que se descubrió la presencia de bacterias en la atmósfera venusiana, en altitudes donde la humedad y el calor ofrecían un resguardo natural para el desarrollo de colonias de minúsculos organismos aéreos. No se descartaba la existencia de vida en el subsuelo de Venus, aunque nunca hubo verdadero interés en demostrarlo. Las elevadas temperaturas en la superficie, que fundían el plomo, dificultaron en el pasado cualquier expedición a aquel infierno, aunque ahora se disponía de la tecnología adecuada para enviar robots que penetraran decenas de metros en la roca y aguantasen un período razonable.

Pero el gobierno carecía de interés científico en Venus. Tampoco era culpa exclusivamente suya; los dirigentes que les precedieron fueron aún más anticientíficos, y los que hubo antes que ellos impulsaron una terraformación parcial de Marte, destruyendo ecosistemas naturales de bacterias mediante el bombardeo de la superficie con cometas. Ahora se podía caminar por la superficie del planeta rojo con una

máscara de oxígeno y un buen abrigo, pero a costa de renunciar a todos sus secretos biológicos.

Los megalómanos dirigentes de Bruselas pretendían hacer otro tanto con Venus. Si en Marte el problema estribaba en su débil atmósfera y bajas temperaturas, en Venus era justamente el contrario. En algún momento de su pasado, algo fue mal en ese mundo y las nubes acumularon elevadas concentraciones de anhídrido carbónico, desatando un efecto invernadero abrasador. ¿Cómo liberar el calor acumulado? Restableciendo el equilibrio del que Venus disfrutó en el pasado. Las algas creadas por ingeniería genética podían metabolizar el carbono atmosférico, fijándolo en depósitos minerales que regresarían a la superficie para sedimentarse. Este plan no tenía en cuenta que los efectos de las algas sólo se notarían al cabo de siglos o miles de años. Pero los científicos terrestres eran optimistas; multiplicarían por diez los envíos a Venus, y si era necesario inyectarían agua en la atmósfera a través de cometas.

Tal vez la vida en Venus no hubiese ido más allá de las bacterias, pero merecía ser respetada. Los neohumanos vieron una ocasión propicia para atacar al gobierno y frustrar sus planes colonizadores. Arnothy, que trabajaba para la agencia espacial en la Luna, fue el elegido para la tarea. Se le ordenó que colocase un explosivo que se detonaría a distancia en cuanto la nave hubiera despegado del astillero lunar. No habría víctimas, puesto que era una sonda no tripulada, pero Arnothy consideró tosco y carente de imaginación aquel método. Sustituir las algas por un fluido inerte era más elegante, y dejaría a las autoridades mudas de vergüenza.

Lamentablemente, los dirigentes del movimiento no apreciaron su muestra de ingenio. Querían un titular que llenase la cabecera de los periódicos y no obtuvieron nada. La agencia espacial negó oficialmente los rumores de sabotaje, y anunció el siguiente envío para una fecha sin concretar. Envío que había quedado aparcado en el comité de presupuestos del Congreso hasta que se descubriese al culpable.

Si los encargados de la investigación eran tan competentes como Picazo, podía respirar aliviado.

Arnothy había terminado su turno de trabajo, aunque siendo el jefe de mantenimiento de Selene, eso no le garantizaba mucha tranquilidad. La base contaba con escasos centros de esparcimiento; su favorito era la cúpula del invernadero, un lugar amplio, confortable y poco concurrido. Disponían de una amplia variedad de plantas hidropónicas y árboles frutales que alegraban los menús insípidos importados de la Tierra. Aunque Arnothy se ganaba la vida con la ingeniería espacial, su pasión era la biología, a la que dedicaba su tiempo libre. Con autorización de Delgado, había convertido aquel espacio verde en su campo de juegos. Ensayaba nuevas variedades adaptadas a la baja gravedad lunar, altas y espigadas, erguidas por encima de las especies vegetales normales. Sus nuevos ejemplares de encinas, que plantó hace pocos meses, ya habían alcanzado cuatro metros y seguirían creciendo hasta rozar la cúpula, a treinta metros sobre su cabeza. Entonces se convertirían en un problema y tendría que encaramarse a la copa para podar las ramas más frondosas. El plástico de la bóveda era de material inteligente, con vesículas internas de autosellado en caso de grietas, pero no hacía milagros, y Arnothy no confiaría su vida a ese material.

Se acercó a sus tomateras para comprobar el grado de madurez. Los frutos, grandes como sandías, aparecían sanos y brillantes a la vista, pero al tacto estaban duros. Sería la primera cosecha de esos nuevos tomates y había expectación en la base por hincarles el diente. Por eso Arnothy los vigilaba de cerca. Él los cultivaba y le correspondía el honor de probarlos primero.

—Aún están verdes —dijo una voz a su espalda—. Aunque por su aspecto nadie lo diría.

Lizán también había tenido la idea de pasear por allí. El astrónomo mostraba un rostro gris y apesadumbrado; Arnothy no tuvo que pensar mucho para saber la causa.

—No es seguro que me vayan a renovar el contrato —dijo Lizán—. El mes que viene podría volver a la Tierra.

—No encontrarán a nadie mejor para dirigir el observatorio.

—Buscan un cabeza de turco por el asunto de la anomalía, y me han encontrado a mí. No sé qué puedo hacer; he hablado con Delgado y él tiene sus propios problemas. Tampoco es que le culpe.

—Pues alguien tendría que pararle los pies a Picazo.

—He pensado en cerrar la válvula de aire de su cabina mientras duerme, pero el papeleo que vendría después me contiene —dijo el astrónomo—. Aunque supongo que estas averías pueden ocurrir, ¿no? El acabado de Selene deja mucho que desear —sonrió—. Es broma.

—Claro —respondió Arnothy, alzando una ceja escéptica.

Lizán cambió de tema.

—¿De dónde viene tu afición por la botánica? Es poco frecuente en un ingeniero.

—Mi vocación es la biología —aclaró Arnothy—. Cuando me gradué, obtuve una beca de investigación del gobierno sobre astrobiología venusiana, pero luego vinieron los recortes, me quedé sin empleo y tuve que reciclarme.

—¿Trabajaste en el proyecto de terraformación de Venus?

—Como ingeniero, no como biólogo.

—Sigo con interés las noticias sobre la siembra de algas, pero hace meses que no hay información.

—El cargamento inicial de algas era pequeño —explicó Arnothy—. Los vientos huracanados de Venus debieron dispersarlas por toda la atmósfera.

—Pero eso ya se tuvo en cuenta. Los contenedores debían abrirse a una altitud donde el flujo de aire...

—Es evidente que no se abrieron en el momento preciso.

—Lástima. Costó mucho encontrar los fondos para el programa, y este contratiempo lo retrasará aún más.

—Y qué. Venus cuenta con vida microbiana autóctona. ¿No te preocupa que nuestros experimentos acaben con ella?

—Me preocuparía si fuesen venusianos de carne y hueso, pero solo son bacterias —dijo Lizán con indiferencia.

—¿Bacterias?

—Sí. Pequeños organismos sin más interés que el meramente académico.

—Tu cuerpo está compuesto de millones de pequeños organismos que actúan en asociación. Se llaman células.

—Pero no piensan individualmente.

—Supón que alguien hubiera intervenido en el pasado de la Tierra, eliminando la vida microbiana antes del Cámbrico. ¿Estarías tú aquí?

—Arnothy, creo que está fuera de duda que en Venus no se dan las condiciones para que se desarrolle vida macroscópica. Se trata de un planeta muerto; la actividad biológica en sus nubes es ínfima.

—Todavía no sabemos qué podemos encontrarnos en el subsuelo.

—Lo mismo que en Marte: nada que merezca la pena salvar. Mira, entiendo tu punto de vista y hasta siento simpatía por él, pero si nos parásemos a pensar en las implicaciones éticas a cada paso que damos, no habríamos salido de la Tierra.

Arnothy había oído aquellas justificaciones muchas veces, y que saliese de boca de los gobernantes o de individuos como Picazo no le sorprendía, pero oírlas de personas inteligentes como Lizán le molestaba mucho.

—La actividad biológica es un producto accesorio de la química, no tiene una razón finalista —continuó Lizán, añadiendo más sal en la herida—. Los ecologistas santifican ese producto residual incluso en sus manifestaciones más primitivas, como los microbios. Estamos aquí por puro azar. Tanto podíamos existir como no.

—Cierto, pero ya que la vida es tan rara en el universo, ¿no crees que tenemos la obligación de preservarla allí donde la hallemos?

—No es rara; la hemos hallado en Venus, Marte, en dos lunas de Júpiter; seguro que está por todas partes si buscamos atentamente. Lo difícil es que se transforme en seres complejos.

—¿Y qué harías si encontrases esos seres?

—No lo sé. Ni siquiera creo que existan. Las bacterias de Venus y los hongos de Marte llevan perdidos en un laberinto desde hace millones de años, sin encontrar la salida y

evolucionar a la consciencia. Nuestra llegada a esos planetas no cambia sustancialmente nada.

—Marte ha tenido climas más cálidos en otras épocas. Eso podría volver a suceder. El Sol se está haciendo poco a poco más caliente, y dentro de varios millones de años, la ecosfera de nuestro sistema se desplazará de la Tierra a Marte.

—Mejor que hayamos empezado ya a colonizarlo, por lo que nos depare el futuro, ¿verdad?

—Lo que quería decir es...

—Vivimos en un cosmos hostil, Arnothy. Nuestra obligación como especie es crecer y expandir la inteligencia humana a otros mundos, antes que la Tierra se convierta en un nuevo Venus. Es el instinto de supervivencia el que nos impulsa a viajar a otros lugares. Cuando la caza se agota en nuestro territorio, debemos viajar más allá a por alimento.

—La caza se agotó porque no aceptamos ponernos límites como especie. No habría necesidad de esquilmar otros lugares si hubiésemos respetado unas normas mínimas.

—Oh, bien, entonces estarás de acuerdo con el programa de control de población del gobierno.

—Malinterpretas mis palabras.

—Hablas de poner límites. Alguien lo hace y la gente protesta. ¿En qué quedamos?

—Trataba de mantener una conversación civilizada contigo, pero mejor lo dejamos.

—Espera —Lizán lo detuvo—. Estoy en contra de la política del gobierno. Mi principal defecto es que hablo demasiado, a veces mantengo una postura y la contraria porque me gusta la polémica, pero mis comentarios han ido a parar a oídos peligrosos. Mi boca es el origen de los problemas que tengo con Picazo.

—Entiendo —murmuró Arnothy, receloso.

—Que no pensemos igual no nos convierte en enemigos. Valoro el trabajo de los xenobiólogos, de verdad. Aunque sea una causa perdida.

—No lo es.

—Quizá no lo sería, si el mundo estuviese regido por gente sabia, pero no es el caso. Te quejas de que la xenobiología le importa un pimiento al gobierno, pero lo



mismo ocurre con la astronomía. ¿Qué uso crees que le darán al parque de radiotelescopios que quieren instalar aquí? Acabarán destinándolo a usos militares. Permiten mi presencia por una cuestión de imagen, como este jardín: los telescopios son decorativos y hasta cierto punto útiles. Pero lo que le interesa al gobierno es el acelerador de partículas.

—Yo pensaba que el modelo de física subatómica se cerró definitivamente en el siglo XXI —aventuró Arnothy, dejando patente ante su interlocutor su ignorancia en la materia.

—No contábamos con aceleradores lo bastante potentes. Ahora se nos abre un campo nuevo que no sabemos adónde nos conducirá. Podríamos demostrar o refutar teorías que hasta ahora eran especulaciones matemáticas, como la física de branas o los twistores.

—No me hables en griego.

—Si tenemos éxito, tendrás que aprender griego. No es tan difícil cuando le coges el truco.

—Guárdate esas especulaciones para ti. Prefiero el mundo real —Arnothy señaló uno de sus tomates—. Gracias a este producto accesorio de la química, como tú lo llamas, sigues vivo y puedes hacerte preguntas sobre el sentido del universo. Mientras los twistores no se puedan cocinar como los tortellini, me da igual que el acelerador de partículas los descubra. No me va a quitar el sueño.

Célebres palabras que Arnothy no iba a tardar en lamentar.

Almas mortales. 316 páginas.

© José Antonio Suárez.

Todos los derechos reservados.

<http://www.joseantoni Suarez.es>